





MADRID  
POR  
DENTRO

F. RUIZ







Diputación Provincial  
de Madrid

*Biblioteca*

Reg. 15524  
Vols. F. Perla  
Sig. X. med. 987









A-486



176 7.525

# CUADROS SOCIALES

TOMADOS

DEL NATURAL



MADRID POR DENTRO



POR

Edo Ruiz y Peduchy





Diputación Provincial  
de Madrid

*Biblioteca*

Reg. 15524

Vols. 8 de Perseus

Sig. mael ~~1121~~  
112

LIBRERIA  
FONTS  
MADRID



R  
15524

MADRID POR DENTRO

C. H.  
118





---

Es propiedad de su autor.  
Queda hecho el depósito que  
marca la ley.

---



# MADRID POR DENTRO

CUADROS SOCIALES TOMADOS DEL NATURAL

POR

**FERNANDO RUIZ Y FEDUCHY**



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

Teléfono núm. 551

—  
1890







## A Felipe Durazcal

---

sin conocerle y fiado únicamente en su proverbial BONHOMIE, tuve el atrevimiento de pedirle á V. un favor por medio de una tarjeta, á la que ni siquiera ha tenido V. la atención de contestar.

Pero á mí el que me la hace me la paga, y hoy me vengo de V. permitiéndome dedicarle estos mamarrachos, que aunque sólo sea por curiosidad tendrá usted que leer.

Con esto tiene V. bastante pena. ¿Se conforma V. con ella, ó quiere interponer recurso de casación? Nunca como ahora ha podido V. decir ¡Maldita sea mi suerte!

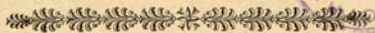
Fernando Ruiz y Feduchy

Madrid, Junio 90.









## AL LECTOR

---

No es mi ánimo, querido lector, contarte nada nuevo, puesto que en esencia sabes todo lo que te voy á referir: no lo es tampoco tratar de moralizar, pues esta ha sido tarea imposible en todo tiempo y más lo es aún en la culta sociedad moderna: sólo trato de darte un compañero que te haga pasar el rato, que sirva para entretener tus ocios (si tienes la suerte de tener ocios)



y que en último caso puedas utilizar para dormirte sin necesidad de comprar *La Correspondencia*.

Ya sé que me dirás que soy demasiado crudo en mi expresión, que descorro á veces demasiado, velos que debieran estar medio corridos, pero á esto te contestaré que en primer término la verdad no tiene más que una forma, y en segundo estoy firmemente convencido de que te hago un bien al obrar así y de que sin cuidado puedes ponerme en manos de tu señora y de tus hijas (si las tienes), pues si como no dudo tienen el talento y buena educación que deben tener, sabrán apreciar lo poco bueno que haya para seguirlo y lo malo para no hacerlo.

No temas groserías, soy franco



y rudo pero no grosero; léeme primero, y si no te desagrado del todo, induce á tus amigos á que me compren, ponme si puedes de moda, si algo te ofende ten la amabilidad de dispensármelo en gracia á lo que pueda gustarte y á mi buena intención, y cuenta siempre que aunque demasiado claro, será siempre tu buen amigo

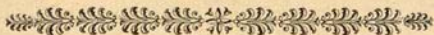
EL AUTOR











## I

Era natural. Ella rica, hermosa y libre, él lo que se llama un hombre de arrogante figura, ocupaba una posición envidiada por muchos y contaba con una renta tan envidiada como su posición: ambos eran gentes de sociedad; se vieron, se trataron, se agradaron y como á nadie tenían que dar cuenta de sus acciones, aquella fué una boda hecha en un abrir y cerrar de ojos.

Juntarse dos personas en estas condiciones, en la verdadera edad de la vida, á los treinta años, con hermosu-



ra, riquezas y ningún cuidado, es encontrar la felicidad en el mundo, es suponer una existencia llena de dichas y deleites que nunca han de acabar.

Esto pensaban ellos, sus amigos y hasta los revisteros de salones, que aquel día se pusieron de acuerdo para comunicarnos sin variación que se había verificado el enlace y que los contrayentes gozarían (y así lo deseaban) una eterna luna de miel.

Luisa era una verdadera mujer de la *haute crême*, de gusto refinado y aristocráticas maneras, conocedora de la música, de las bellas letras y de otros tantos resortes que sabe aprovechar la mujer para hacerse agradable; acabado tipo de belleza y de carácter angelical. ¿Quién más á propósito para hacer feliz al descontentadizo Alfredo, que educado á la moda de nuestra alta sociedad, excéptico en toda materia, más por precisión que por convicción, sin afectos, sin alma y nada más que con un des-

medido orgullo de sí mismo, no había encontrado hasta ella mujer que le satisficiese?

La Providencia indudablemente había inspirado á los dos tan excelente idea. Iban á ser felices eternamente. *¿N'est pas?*

Algunos maliciosos suponían que á ambos les habían llevado ante el altar otras ideas que las que puede engendrar el cariño, y decían que si esto, que si lo otro, que si lo de más allá. Habladurías que nunca faltan en tales casos. No merecían la pena de tomarse en cuenta.

Vimos el *trousseau*, que era verdaderamente regio y representaba un derroche de amor y de dinero; vimos el hotel de los nuevos cónyuges, que más bien parecía morada de hadas; conocíamos el itinerario de su viaje de boda, elegido de común acuerdo y capaz de despertar en los corazones más empedernidos ideas amorosas; conocíamos, sobre todo, los caractéres y condiciones



de uno y otro que por primera vez renunciaban á sus ideas, sostenidas por tanto tiempo, y que como neófitos del amor, habían de llegar hasta su límite. Y viendo esto, ¿íbamos á creer lo que dijese media docena de envidiosos? Imposible, absurdo.

Fué raro y no pudo menos de causar extrañeza, el ver que el viaje de boda se dió por terminado cuando nadie lo esperaba, que á su vuelta á la corte no se presentasen en ningún lado, que olvidasen ambos su antigua vida renunciando á los triunfos que indudablemente habría de proporcionarles, que no recordasen sus antiguas amistades; pero en medio de todo ¿había nada más natural que esta abstracción del mundo social, para dos personas que debían pasar la vida arrullándose como dos tortolitos y á quienes los deberes sociales no podrían ménos de molestarles en tales circunstancias?

.....



Aquél día el marqués estaba muy alegre. Hacía mucho que no le recordaban así sus criados: se había levantado ¡á las diez! había salido ¡á pié! había almorzado en casa con gran espanto del cocinero, que no recordaba haber tenido que prepararle ningún almuerzo en los ocho años que llevaba á su servicio, en fin, estaba desconocido; no era el *jeune garçon* habitual, sino más bien un moderado abuelo de la patria á quien habia salido bien una enmienda ó una proposición.

¿Qué le pasaba? Nadie en la casa lo sabía, ni aun se lo figuraba; pero el estupor subió de punto cuando le vieron á las ocho (*heure du diner au Casino*) entrar por las puertas del hotel, diciendo al ayuda de cámara que le sirviesen la comida. El espanto fué general: todos los criados llegaron á temer por la salud ó el juicio de un amo tan fácil y en alto grado explotable.

Y no iban descaminados del todo.



Estaba loco. Él, el conquistador obligado de los salones, el que no recordaba un sólo descalabro amoroso, el favorito de las damas, acababa de conseguir el mayor triunfo de su vida. Napoleón no estaría más satisfecho después de Jena. ¡Era el amante de Luisa!

Por eso aquel día se ocupó en ultimar los detalles de la victoria y se ocultó del público, no para evitarse la ovación que indudablemente tendría, y al menos no arrastrar por el lodo el honor que ella le había entregado, no, sino para recibir los elogios y los plácemes á que se había hecho acreedor, cuando con todos los requisitos del alto mundo cumplidos, pudiese sin desdoro de su clase, escupir en la frente de un hombre y degradar el amor de una mujer.

Así son, y como son te los presento, amable lector.

Pero, ¿cómo es posible tal cosa? me dirás.

Dejo la contestación á la propia Luisa y te aconsejo no dudes del documento que pongo ante tu vista, por inverosímil y absurdo que te parezca, porque esa prueba existe y hay quien te la pueda enseñar, si no confías en mi palabra.

Terminaba su comida el marqués, cuando le entregaron una diminuta y perfumada carta, cuyo contenido era el siguiente:

«Antonio: Te repito que no me agradezcas lo que tú llamas mi sublime amor, porque no lo es; y mal puede serlo, cuando el alma no siente: ya te lo he dicho, de tí quiero el hombre, no su alma, como quise el hombre en mi marido y no lo encontré; no le odio porque á él sí le he querido y porque le compadezco como le compadecerás tú cuando sepas que le he dicho nuestra situación y tus proyectos, que comprendiendo la suya, no le extraña nada y hasta lo encuentra natural;



pero que se opone á que nos veamos en ese *nido de ninfas*, pues no sin razón dice que, como al fin se ha de saber, más vale que vengas tú á casa, pues es menos escandaloso y prefiere que pases por su *íntimo*, en cuyo caso hay más disculpa para él y menos para tí. A la noche, pues, te espera

LUISA.»

Veo, lector amigo, tu sonrisa incrédula y tu indignación contra mí, al suponerme capaz de levantar tales calumnias, pero creo que con la advertencia anterior y con que te asegure bajo mi palabra que es cierto, se trocará tu furor en desprecio y aversión, no sólo á ella y á su marido, sino al marqués que, después de leer tal cosa, terminó tranquilamente su *toilette* y ¡fué!... á dar el hombre.

¿A qué cansarte más?

Figúrate la sucesión de hechos que son propios en tales casos y bástete

saber que el buen Alfredo, tomando del mundo lo único que podía tomar, dió buena cuenta en poco tiempo de sus envidiadas rentas y de las de su mujer y que al cabo de poco, el Veloz, el Casino, las carreras, los coches, etcétera, eran sostenidos por el amable marqués, el *íntimo* de la casa.

Tal situación, clara á los ojos de todo el mundo, no podía agradarle al marqués y trataba ya de abandonar su *puesto de honor* para lanzarse á nuevas aventuras, sin hallar camino, cuando la casualidad vino en su ayuda.

Un día recibió una carta extraña, muy extraña; era como siempre en demanda de fondos, una insignificancia, es verdad (80.000 rs.), pero la redacción no era la que él conocía, no era la que nosotros hemos visto también, era insinuante, dulce, cariñosa. ¿Qué significaba aquello? Estaba en el caso de preguntarlo. Y lo hizo y supo de boca de la misma Luisa, que aquella

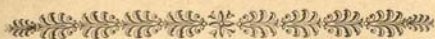


---

carta se la había dictado el propio Alfredo..... *Tableau*.

Como veo la duda en tu cara, te diría lector que te fijases al recorrer Madrid, en las fisonomías y verías en tres la verdad de mis palabras; pero temo que vas á encontrar muchas en que lo veas, y por eso no te recomiendo la observación. Mira, pero no veas.





## II

Llegó la hora de las despedidas. Decididamente se iba á Filipinas y acaso para no volver, puesto que nada le retenía, ni había de llamarle en la Península; si le iba bien no pensaba abandonar aquellas latitudes; esto ya lo conocía y no lo encontraba bueno; si aquello no era malo, ¿á qué dejarlo, no siendo para presentarse en Madrid como un *Nabab* y tener el derecho de desconocer á los que antes fueron sus amigos y despreciarlos como ahora le despreciaban á él?



En Ultramar se puede hacer dinero y volver, ó casarse con una rica heredera y no volver, ó... en fin, que allí estaba su porvenir. ¡Adiós, España!

Esto pensaba Antonio y esto nos decía en la comida de despedida que nos ofreció en Cádiz el día antes de embarcarse, á los pocos que aún nos contábamos en el número de sus amigos.

¡Buen viaje y buena suerte, querido Antonio!

Y no volvimos á saber de él en mucho tiempo.

Ya creíamos que había sucumbido allí á los rigores del clima, ó efecto de sus excesos, ó bien que nos había olvidado por completo, cuando no hace mucho tiempo me encontré yo con una carta suya, que sólo contenía estas breves palabras:

«Querido Fernando: si puedes y no te avergüenzas de ello, ven á verme, pues tengo grandes deseos de verte y de desahogar en tí mis desgracias. No

perderás el viaje, porque luego puedes utilizar lo que te cuente, tú que tan aficionado has sido siempre á los estudios sociales. ¡Estoy en Ceuta, en el presidio! A pesar de ello, sé que vendrás y te lo agradecerá eternamente tu buen amigo —Antonio de Montroy.»

Júzguese cuál sería mi sorpresa. Accediendo á sus ruegos y practicando la máxima, desgraciadamente tan poco extendida en la sociedad, de «odia el delito y compadece al delincuente,» aproveché el vapor que aquel día salía de Málaga, en cuya población me encontraba, y al día siguiente tuve el gusto de abrazar (no me sonroja decirlo, señores rigoristas) al presidiario Antonio, y de poder pasar con él todo el tiempo que quise, gracias á la amabilidad del Director del presidio y de toda la sociedad de Ceuta, que justo es decirlo, es de las pocas del mundo en que verdaderamente se lleva á la práctica la frase del Señor: «Amaos los unos á los otros.»



Y permítaseme aquí una ligera digresión, como recuerdo del agradecimiento y grata memoria que conservo de aquel pedazo de España enclavado en tierra africana.

Acaso porque allí se ven al desnudo y continuamente las miserias humanas, acaso porque el núcleo de la población está formado por militares, que á despecho de lo que se quiera decir y áun de lo que á veces parece, es el elemento social más unido por su propio interés, acaso porque se halla entre la barbarie y lo que se llama civilización, Ceuta presenta un carácter típico y envidiable bajo todos los puntos de vista.

Clima agradable, vida de familia social, unión, respeto de ideas y creencias, libertad individual, carácter amable y expansivo, gran hospitalidad, respeto á la desgracia que encierran sus muros y hasta bajo el punto de vista material de la vida, economía en las subsistencias, belleza en las mujeres,

todo contribuye á hacer de aquélla población una especie de Paraíso como el ofrecido por Mahoma á sus sectarios.

Nunca olvidaré mi expedición á Ceuta, tanto por lo mucho que allí tengo que agradecer, como por mi conversación con Antonio, á la cual vuelvo y perdona, lector, mi digresión.

No quiero hablar de lo afectuoso de la entrevista, llena de recuerdos, gratitud y espontáneas manifestaciones: me ocuparé sólo de lo interesante que tenía que contarme Antonio, que yo podía utilizar y que es una historia aunque parezca una novela: lo he oído de sus labios con expreso encargo de darlo al público; lo creo y le complazco: no sé si molestará á alguien, pero eso no es cuenta mía.

Antonio pertenecía á lo que en Madrid se llama clase media. Sus padres, que contaban al casarse con una fortuna más que suficiente para sostenerse holgadamente en su verdadera posi-



ción, se dejaron influir por la manía española y en especial madrileña de la *igualdad ante la sociedad*, y queriendo aparecer á la altura de la clase alta, consumieron lo suyo y lo de los demás, dejando á Antonio por heredero de las pretensiones insostenibles de una educación basada en una situación falsa y de un caudal considerable de deudas que honradamente pagó, deshaciéndose de lo que nominalmente le pertenecía.

En esta situación, trató de aprovechar sus antiguas amistades para que le diesen un destino (otra manía nacional), encontrándose, en primer lugar, con el despego de la mayoría, en segundo, con las dificultades que para ello encontraban los pocos que querían servirle, y en tercero con su indecisión, que le hacía al mismo tiempo no querer salir de Madrid, porque en *provincias solo se vegeta*, y sentir el tener que aparecer ante los que le habían tratado en la corte de igual á igual, como un mo-

desto empleado incapaz de alternar con ellos.

Sin carrera, pues con frecuentar la *buena sociedad* no había tenido tiempo de seguirla, sin hábitos de trabajo y con muchísimo viento en la cabeza, su situación se iba ya haciendo angustiosa, cuando por último consiguió que le colocasen en Filipinas en un destino que, según le dijeron, era de gran porvenir, lo cual él creyó de buena fe, ignorante como estaba de este asunto y de todos los capitales de la vida.

Y allí se fué.

Llegó, tomó posesión de su cargo, que le daba cierta importancia entre el elemento peninsular é insular de Manila, y pudo notar desde el principio que su segundo, el que le seguía, era quien manejaba aquello, el que hacía y deshacía; en una palabra, el verdadero jefe.

Como esto le venía á Antonio divinemente, pues ni entendía una palabra



de nada, ni estaba en condiciones de aprenderlo, dejó correr la cosa y se entregó por completo en manos de aquel mequetrefe, uno de tantos perdidos como sostiene nuestra administración ultramarina.

Con un buen sueldo y la consideración correspondiente, sin cuidados y con recuerdos de su antigua vida social, que sin poderlo remediar le atraía, no tardó Antonio en figurar entre la primera sociedad de Manila y en olvidarse de que no era más que un empleado y hacérselo olvidar á los demás. ¡Harto caro han pagado todos su olvido!

En tales condiciones, nada tiene de extraño, en verdad, que sucediese lo que sucedió.

Antonio se enamoró de Carmen de Muguía, señorita que reunía á su idea de ser muy rica, las buenas cualidades de tener una esmeradísima educación (como toda la alta sociedad de Manila)

y de sin ser una preciosidad, ser lo que se llama una mujer agradable en su figura y en su trato.

La familia de ella le recibió gustosa, tanto por su posición como por lo que allí atraen los peninsulares. Carmen correspondió á su cariño y á los seis meses emprendían, acompañados del padre de ésta, el viaje de novios á España, á donde venía Antonio con una licencia y cumplida su aspiración de poder triunfar en la corte al año y medio escaso de haberla abandonado.

Todo eran en el camino sueños de oro, ilusiones y pensamientos de bonanza; todo eran planes agradables..... ¿Por qué duró tan poco aquel viaje? decía Antonio.

Apenas llegado á España, supo que estaba procesado por una grave irregularidad cometida en el departamento de su cargo pocos días antes de embarcarse y en la que se le suponía complicado por su inmediata marcha,



ó al menos se le hacía responsable por su destino.

Entonces dejó de estar ciego y comprendió que nunca debía haber confiado tan en absoluto en aquel *muñeco* que tan enterado estaba de los asuntos de su oficina, y supuso, no sin razón, que á él le era deudor de aquel disgusto.

Era tarde. Lo hizo presente, lo demostró palpablemente y de todos modos, pero todo fué inútil: las apariencias estaban en contra, y además tuvo la desgracia de que cambiase el gobierno, y sobre destituido de su cargo, se encontró condenado á catorce años de presidio.

Apelaciones, amistades, intrigas, todo fué en vano; el honrado Antonio, el hombre cuya falta consistía en no conocer el mundo, porque no se lo habían enseñado, era un criminal, iba á Ceuta y su mujer era la mujer de un ladrón.

¡Qué verdad es que una desgracia nunca viene sola!

El disgusto y acaso también el cambio de clima y de costumbres, costó la vida al padre de Carmen, casi al mismo tiempo que recibía la noticia de la muerte de su madre y de sus dos hermanos, víctimas de la fiebre amarilla. Se encontraba, pues, sola, completamente sola en el mundo y agobiada por las desgracias, cuando ella había soñado un porvenir tan risueño y tan de color de rosa.

Pasado el primer momento de anadamiento, realizó sus bienes en Filipinas y se instaló en Madrid con lo que la quedaba (160.000 duros), dispuesta á sacrificarlo todo para rehabilitar á su marido.

Para ello empezó por poner su capital en manos del señor de López, un antiguo amigo de su padre, que ocupaba una elevada posición política, y en la creencia errónea de que con ello



había de responder á los cargos de su marido, juzgó lo mejor ponerlo todo á nombre de este señor, que se lo administraría prudentemente y en quien tenía absoluta confianza.

En esto tenía razón, pero no contaba conque la desgracia no cesaría de perseguirla hasta vencerla del todo, como sucedió.

El señor de López se volvió loco y ella estuvo también á punto, al ver con tal motivo comprometida su única esperanza, su vida material y el honor de su marido.

Afortunadamente, en medio de todo, el loco tenía momentos de lucidez, y en uno de estos pudo conseguir que la firmase un documento, en el que constaba que tenía suyo el capital empleado en tal cosa, del que se reconocía deudor y que sería reintegrable á su muerte.

Gracias á esto, vió con relativa tranquilidad, pues le profesaba gran cariño por el recuerdo de su padre, consumir-

se los días del señor de López con tal celeridad, que á los dos meses de declararse su locura, había dejado de existir.

Entónces reclamó lo suyo, pero fué en balde.

Los herederos empezaron por negar en absoluto lo que afirmaba: convencidos luego por la presentación del documento, cuya existencia y veracidad les constaba, y no queriendo renunciar á todo, trataron de hacer con ella una transacción, á que con varonil entereza se negó, y exasperados por último con tal actitud, acabaron por negar la autenticidad del documento y declararle falso.

No era Carmen capaz de desistir del camino que había emprendido, y así, sin dudar ni un momento, pretendió sostener sus derechos y fué el asunto á los Tribunales que, convencidos como los herederos de ser verdad lo que ella sostenía, tuvieron sin embargo que



dar la razón á aquéllos, y no sólo esto, sino reconocer la falsedad del documento y condenar á Cármen por falsaria.

¡Otro absurdo! ¿Verdad, lector, que lo has pensado? Pues estás en un error y te vas á convencer.

Carmen hizo firmar al señor de López el documento, naturalmente con fecha anterior á su locura, pero en un papel sellado que compró para ello. Pues, bien, en la Fábrica del timbre se probó, por la numeración correlativa del papel, que aquel pliego había tenido que darse al público con fecha posterior á la que llevaba el documento.

Que es una coincidencia extraña, desgraciada é inverosímil, conforme; pero no por eso es menos cierto. Consta así en el pleito y en la causa que puedes ver en los archivos del Tribunal Supremo.

Carmen fué condenada, y hoy hace en Alcalá *pendant* á su marido en

---

Ceuta, mientras que los herederos del señor de López andan sueltos por ahí, con la cabeza erguida, la mirada de superioridad en los ojos, contentos y satisfechos al parecer.

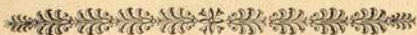
¿Estará lo mismo su conciencia?

Cosas de la vida. Hace falta tener filosofía.









### III

¡Domingo y no hay toros! Me voy á las Ventas del Espíritu Santo. La tarde no está mala, y por tanto habrá allí mucha gente. Hoy, como pocas veces, se puede estudiar aquello en su verdadero caracter: hoy se puede ver lo típico del pueblo de Madrid.

Nos pondremos en traje *ad hoc* y á la puerta de Alcalá, á esperar el tranvía.....

Ya viene uno, pero trae la tablilla *completo*. ¡Qué desgracia! Hay que esperar otro que vendrá lo mismo, y

luego otro y así toda la tarde, ó hay que irse andando ó tomar un coche, ó desistir de ir.

No me conviene ninguno de estos extremos y me quedo pensando en mitad del camino la resolución que debo tomar y recorriendo con la vista los tranvías que pasan, por si hay algún rincón en que pueda meterme, cuando oigo que me dicen desde uno: «suba *usté*, *cabayero*, que *toos* cabe-  
mos.» «Vamos allá,» contesto, y sin saber cómo, me encuentro instalado en el estribo, entre mi amable protector y un señorito de verdad. Doy las gracias al primero, compadezco profundamente al segundo, me acomodo como mejor puedo para ir lo menos incómodo y lo más seguro posible para verlo todo, y empiezo mi observación.

¡Parece mentira que por veinte céntimos se puedan ver tantas cosas! Primero le dan á uno un billete con figuritas, cantares y pensamientos de hom-

bres célebres, que entretienen agradablemente una buena parte del camino; luego el *protector* le ofrece á uno un cigarro á cambio de darle con qué encenderle; el de más allá un trago de vino en manoseada botella, que no hay más que aceptar; éste canta una copla alusiva, capaz de descomponer al más tranquilo; aquél se ríe ó comenta en voz alta vuestro traje ó vuestras maneras, y aparte de todo queda el sabroso placer de estudiar la gente que va en el tranvía, la que más modestamente marcha á pié en la misma dirección, la que va en coche, la que se queda por el camino sin llegar y la que pasa de las Ventas, la que va para no volver, al Cementerio del Este.

En pocos sitios se podrá ver un conjunto tan abigarrado, un carácter tan especial, un conjunto tan armónico y alegre, de elementos tan diversos, tan encontrados y que tan opuestos son en cualquier otro momento.



Véis en el tranvía al lado del hongo ó del cordobés, la gorrilla, y aun la *chistera* (de éstas pocas, porque tienen sus quiebras); al lado del pañuelo de seda la mantilla y el sombrero; caras afeitadas, con bigote, con patillas, con barba, con gafas ó sin ellas, en los hombres; bonitas, feas, viejas, jóvenes, agradables y repulsivas, en las mujeres. Unos con merienda preparada de antemano, otros sin ella, para mandarla hacer allí; unos en su cabeza, otros á medias ya á la ida, alegres, tristes, indiferentes, de todo hay. Miráis al camino y véis lo mismo, pero extendido y no agrupado; una cinta en vez de una mancha.

Chulas y chulos, obreros, artesanos, militares, paisanos, curiosos, todo esto, con más la gente elevada, la *crème* de los barrios bajos, constituye el contingente dominguero de las Ventas, que se aumenta considerablemente en los días como hoy con la gente sobrante de los toros.

El camino se pasa en un momento: apenas se da uno cuenta, apenas se han encontrado seis ó siete entierros y se han cruzado otros tantos tranvías de vuelta, completamente vacíos, y otros tantos carros fúnebres en igual estado ó con los conductores en el lugar que antes ocupaba el ataúd, y cantando alegremente (por lo visto para disipar la tristeza pasada); cuando se empieza ya á sentir crecer el bullicio, aumentar la animación y se está en las Ventas.

¡Qué cuadro tan lleno de vida y colorido!

Reunid las observaciones del camino, aumentadles el sitio con el puente, bajo el cual pasa el *caudaloso* arroyo Abroñigal, el fielato lleno de carros, las parejas de guardia civil á pie y á caballo, los barracones, los jardines, los comedores al aire libre, los columpios, los organillos de los Andaluces, el Dos de Mayo, la Gran Vía y otros tantos, y agregad, por último, un sol esplenden-

dente, toda la gente que habéis encontrado en el camino, una franca y espontánea alegría (al principio, pues después hay mucha que no lo es), y tendréis un delicioso y brillante cuadro de costumbres, lleno de vida, de luz, de animación, cuyo claro-oscuro parece que está dado por la nota triste de los carros fúnebres que sin cesar le atraviesan, y envuelto en un marco horrible, tristísimo, pero que allí tiene sus encantos; la aridez, la frialdad de todos los alrededores de Madrid.

Ya estamos en las Ventas. Ahora elección de merendero... aunque ¿para qué? Tengo aquí dos amigos; el Manchego y Jiménez, el del camino de Vicalvaro... éste está muy lejos: al Manchego, pues.

Empezaremos por merendar, y así al menos sacaremos algo de la excursión. ¡Y que se merienda muy bien! Los *menús* no serían admitidos con seguridad en Lhardy, en Fornos, en el Inglés, ni



en ningún otro lado, pero puedo asegurar que en las Ventas es donde mejor he comido de Madrid. Platos succulentos, aderezados y sazonados con el mismo tono picante que domina en todo; deliciosa carne de caballo, de perro ó de cualquier otro animal, vino *soi-disant*, todo poco *chic*, si queréis, pero muy sabroso. Acaso sea que yo tuviese mucho apetito y entonces todo sabe bien: puede ser; pero nunca se me olvidará aquella merienda.

Al empezarla, el galope de varios caballos me hizo levantar la cabeza y ví llegar, envueltos en una nube de polvo, á un oficial y varios cabos de Artillería, que venían de Vicálvaro.

Era la vigilancia de las Ventas.

El oficial se dirigió á casa del Manchego, echó pié á tierra y lanzó al interior una mirada envolvente. Nos vimos en seguida y corrimos á abrazarnos. Era mi hermano, al cual hacía mucho tiempo que no veía, pues desde que

estaba en el cantón, ni yo había podido ir á verle, ni él podía venir nunca á Madrid.

—¿A qué has venido?—me dijo.

—Ya lo sabes; á estudiar tipos y cuadros, como siempre, y contaba con encontráros aquí á uno de vosotros para que me indiquéis lo que más merezca atención. Me alegro que hayas sido tú.

—Bueno, convidame á merendar y luego daremos una vuelta por ahí—me contestó—yo ya sabes que por variar no tengo un cuarto y pensaba hoy aburrirme, de modo que te agradezco muchísimo que hayas venido.

Merendamos. Mi hermano, á quién su obligación hacía ir con frecuencia á las Ventas, conocía aquella gente y aquel sitio y me sirvió de mucho.

Después de merendar, cogidos del brazo, empezamos á *flanear* y me fué enseñando todo.

—¿Ves aquellas dos *manuelas*? Vienen todos los domingos; la de delante

trae á dos ellas, Fulanita y Menganita, harto conocidas en Madrid; en la de detrás vienen dos ellos, que conocerás cuando lleguen.

No lo quise creer, pero tuve que rendirme ante la evidencia. Les conocía como ellos á mí; sin embargo no nos saludamos. Era natural; por eso callo sus nombres.

—La gente del bronce—prosiguió mi hermano—se reúne en este lado, los señoritos aquí, las criadas más allá, en tal sitio los artesanos, en tal otro los flamencos. Al principio, cada uno está en su círculo y esto es un paraíso; luego el vino y los organillos empiezan á hacer su efecto; se canta, se baila, se riñe, se mezclan todos y esto es un *mare-magnun*. Ya lo irás viendo. Y, sin embargo, podía no haber Guardia civil, podíamos suprimir nosotros la vigilancia. ¿A que no has oído hablar de ningún crimen cometido en las Ventas? Es peor, eso sí, mucho peor lo que pasa



aquí. Se mezclan las clases, sin beneficio para las inferiores y con perjuicio para las elevadas, pierden unas y otras la consideración mutua, puesto que se ven al natural, pierden las ideas de todo, y luego se esparcen por la corte cual funesta epidemia. Los crímenes que aquí no se cometen, van á Madrid á realizarse.

Aquellas dos muchachas que ves bailando en los Andaluces, son hijas de un magistrado que al morir les dejó una educación propia de su clase, y que habiendo venido una vez aquí para ver esto, han parado en lo que ves. Aquel grupo es de matuteros, capitaneados por uno que acaba de salir de la Cárcel Modelo; aquel que ves tendido en la yerba todo desabrochado y con una *pítima* más que regular, le verás el martes en Price de frac, y luego jugando en el Casino ó asistiendo á alguna *garden-party*; más lejos tienes á los carpinteros que se están haciendo

socialistas; á los gomosos conquistando criadas ó modistillas, y si entras en los merenderos verás á la gente rica de los barrios bajos (nunca salen al aire), ellas con su característico empaque, sus pañuelos de Manila, sus históricas sortijillas en el peinado y sus valiosos y recargados aderezos; ellos con su reloj de un metro de diámetro, sus sortijas con hermosísimos solitarios y, en fin, con todo el tipo que ya conoces.

Y lo que no veas aquí en número, pero que es igual en calidad, lo encuentras en Vallecas, en la Puerta de Hierro y en otros lugares extremos de Madrid.

No busques tipos, no busques historias, porque no les encontrarías; su prolija variedad haría que unas te distrajeran de las otras y no te entenderías; conténtate con ver el cuadro en conjunto y ten en cuenta que este es el que se llama pueblo de Madrid, que no es pueblo ni es nada, que se compone de

esta confusa mezcla que ves, manejada por quien quiere y sabe entenderla, y con todas las buenas y malas cualidades que puedes figurarte, y que en su conjunto componen un tipo indescriptible.

Aquí no hay caracteres determinados, no hay nada; los chulos, los matones, los ratas, no son sino elementos de esto que ves, pero sin caracter propio; lo mismo puede ser uno que otro.

Si te vas á ir y no quieres llevarte mi caballo y un batidor para que me lo traiga, te aconsejo que te vayas cuanto antes, pues esto, con las borracheras y demás cosas, se va poniendo insoportable y luego el camino en tan agradable compañía no hay quien le aguante. Si quieres, yo conozco á varios cobradores del tranvía que te guardarán sitio, y ya que yo tenga forzosamente que quedarme aquí, líbrate tú, que sólo eres un *touriste* de esta nueva Babel.

—Tienes razón, muchacho—le dije—





ya he visto bastante, me vuelvo á Madrid.

Nos dimos otro cariñoso abrazo, me metí en el tranvia, y emprendí la vuelta, que no fué tan agradable como la ida. Por un lado se iba acentuando lo que ya mi hermano me había anunciado; por otro llevaba la mala impresión del efecto producido.

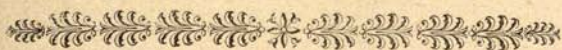
No pude ver el final del cuadro, pero no hacía falta tampoco. Le hemos visto todos los domingos, amable lector, por la calle de Alcalá, cuando vuelven ya de noche los tranvías de las Ventas.

Y tengo que dejarte, pues encuentro en el camino una compañía que, sin que te ofendas, me es mucho más agradable que la tuya, lector amigo, y la de todos mis compañeros de viaje.

Hasta la vista.







#### IV

Hay en Madrid dos clases que es preciso distinguir cuidadosamente y clasificar con detenimiento para poder formar juicio exacto de ellas. La primera es la de los gomosos, petimetres, lechuguinos, ó como quiera llamárseles: la segunda es la de las personas que tienen coche.

A simple vista, sin detenerse en sus divisiones, podrá envidiárseles, reirse de ellas ó compadecerlas, según el criterio de la persona que les juzgue; profundizando se llega á más, se llega en



absoluto á envidiarles ó á despreciarles: no hay término medio.

Nada más fácil que justificar lo que decimos.

Ve uno un tipo de esos llamados gomosos por la calle, ya sea á pie, á caballo ó en coche, y no se le ocurre sino decir ¡qué ridículo! ¡qué mamarracho! ó alguna frase por el estilo, de análoga y vulgarísima factura. Nadie pasa en general de ahí, á nadie se le ocurren otras reflexiones. ¿Por qué? Pues porque no sabe distinguirles, porque no conoce sus clases, ni los misterios de su presentación en público, porque á nadie se le ocurre la realidad de lo que son.

*Les voilà mon cher.*

Los gomosos (hablo sólo del tipo de jóvenes, pues los demás entran en la categoría de viejos verdes), pueden ser de dos especies: los que tienen dinero y los que no tienen vergüenza. (Es verdad elemental en toda ciencia, que una

de las bases de clasificación se encuentra en los términos antagónicos.)

Los que tienen dinero (que son los menos) son dignos de envidia y de compasión al mismo tiempo. Envidiables, no por tener dinero, que ellos ni siquiera saben apreciar, sino porque en general unen á esa cualidad una presunción sin límites que les hace felices, una necedad, un desprecio del mundo que les rodea, una de viento en la cabeza, que poniéndoles, según ellos, sobre toda la sociedad é impidiéndoles en absoluto discurrir (facultad que por su parte tampoco tratan de reivindicar), les sume en un estado de adoración de sí mismos, que es indudablemente el más beatífico que se conoce.

Son dignos de compasión, porque no se puede menos de sentirla hacia seres que, perfectamente inútiles, hasta perjudiciales en sociedad, no viven porque no pueden, porque no se les ha enseñado, la vida del espíritu, que es la úni-

ca que produce la satisfacción de uno mismo, la mayor satisfacción conocida, pues dígase lo que se quiera, el amor propio, que en términos más crudos se llama egoísmo, es el elemento que informa todas las acciones humanas.

Su vida es insulsa, estúpida. Jugar por jugar, tener vicios porque otros los tienen, porque es de buen tono; casinos, diversiones, paseos, prurito de hacer el oso individual ó colectivamente en donde quiera que se encuentren, y acabar por arruinarse física y moralmente con demasiada anticipación, en cuyo caso buscan una rica heredera, que modelada como ellos, sólo desea decir que no se ha quedado soltera, y á esta costa les entrega su dinero, que sigue igual camino que el anterior, sin que para ellos represente nada el vínculo, ni los hijos (si los tienen y son suyos), ni nada, pues de nada tienen idea, sin que conozcan ni una sóla de las dulzuras de la vida de familia, ó bien se arruinan



sólo por un lado, y viejos anticipados pero con rentas, caen en poder de alguna familia noble tronada ó cosa análoga, á la que venden su libertad y su conciencia.

¿No es verdad que son dignos de lástima y de envidia?

Vamos ahora á la otra especie, que es mucho más numerosa y menos conocida; la del gomoso utilitario y... por qué no decirlo, sin vergüenza.

Llama la atención ver multitud de muchachos que sin carrera, sin oficio ni beneficio, sin que se les conozca una posición ó una familia que la sostenga, se encuentran por todos lados en Madrid, en reuniones, en teatros, en casinos, en *juergas*, divinamente vestidos, sosteniendo coches, queridas, con abono en los teatros más elegantes, admitidos en todos lados y siendo verdaderamente una necesidad social.

Siempre se le ocurre á uno preguntar: ¿cómo se las arreglará este muñe-

co, para con un modestísimo sueldo, ó sin nada, hacer todas estas cosas? ¿Á que se te ha ocurrido alguna vez, lector amigo, y á que no has resuelto ni remotamente la duda?

Es necesario verlo para creerlo, y aún después le parece á uno tan absurda, tan sobrenatural la cosa, que sin querer se rechaza y hace falta que la repetición le conduzca á uno á la realidad.

No sé si debo explicar el misterio, no sé si..., pero sí, no dudo, se han hecho, por su propia voluntad, acreedores al desprecio general, justo es que le sufran; si á alguien le molesta, á mí me hace un favor, pues me sirve de comprobación á mis palabras; si no fuese verdad, nadie se daría por aludido.

Hé aquí la explicación, por dura é inverosímil que sea.

Hay en la corte bastante número de viejas asquerosas pero ricas, que á costa de media docena de carocas y monadas

de esos tipejos, les dejan disponer á su antojo de sus riquezas y tienen un placer en verles figurar en primera linea, en verles hacer papel y poder decir entre resoplidos de aire que se escapa por los muchos huecos que van dejando los desertores dientes, que están en relaciones *muy íntimas* con Fulanito ó Menganito.

¿Es repugnante, verdad? ¿Es inverosímil? No te lo niego, pero es desgraciadamente cierto, y cuenta, lector, que el respeto que me mereces me impide detallar más el asunto. Basta apuntar la idea.

¿Comprendes que haya valor para esto?

¿Comprendes que el afán de figurar le haga á una persona perder la dignidad hasta tal punto?

¿Crees aún que Madrid sigue siendo aquel pueblo de héroes que nos inmortalizó el dos de Mayo, cuando hoy encierra en su seno esta podredumbre?



No quiero seguir hablando de esto, no puedo aunque quisiera; tengo el estómago muy delicado para poder detenerme en tales espectáculos. Harto he hecho, cumpliendo con mi obligación, en descorrereste este como otros tantos telones que aquí ocultan tantas cosas semejantes.

Si quieres comprobarlo, no tienes más que pedir á uno de esos tipejos que pase contigo tres días seguidos sin separarse un momento de tí, verás como te lo niega; necesita ir á municionarse.

Por lo demás, su gloria es bien efímera, una infidelidad (¡!) demostrada, cualquier motivo, por insignificante que parezca, les derriba de su pedestal y les lanza á dar sablazos á sus antiguos compañeros en donde buenamente les encuentran, pues una vez caidos, por lo común no encuentran otra colocación.

Generalmente los *sablanceados* se llaman andana y no les conocen.

Algunos llegan por ese camino á hacer carrera, y entonces el puritanismo más exagerado domina en todas sus acciones; su pasado permanece envuelto en el misterio, su presente es immaculado, su porvenir..... su porvenir, hagan lo que hagan, no tiene remedio; quien mal anda, mal acaba.

¿No es verdad que son dignos de desprecio?

Entre estas dos especies hay una que no se puede verdaderamente clasificar; la de los que quieren y no pueden, constituida por una infinidad de pollos que, sin los elementos de los primeros y sin la *tranquilidad* de los segundos, pretenden alternar con unos y con otros.

No merece la pena de estudiarse, pues su vida es demasiado efímera, y porque, como en general está formada por elementos flotantes, como empleados, militares jóvenes, etc., sus mismas obligaciones y el transporte forzoso-



so á que están sujetos, les libra del pernicioso contagio á que están expuestos.

Otra clase digna de estudio es la de las personas que tienen coche, y como la anterior, está formada de dos especies: los que pueden y los que no pueden tenerlo.

Los primeros son envidiables y no hay para qué ocuparse de ellos; su número en Madrid, aunque parezca mentira, es bien escaso.

Los segundos son bien dignos de lástima. Mal interpretadas necesidades sociales, deseos de aparentar más de lo que se es, caprichos y otras mil causas, originan esa multitud, ese exceso de carruajes particulares que hacen de la vuelta de paseo de nuestra capital una de las más vistosas de todas las capitales del mundo y dan lugar á los extranjeros á creer que estamos nadando en la abundancia.

París, la capital del mundo, no pue-



de presentar en la *avenue du Bois de Boulogne*, el día que más animado esté, el número de trenes que presenta Madrid en un desfile de carreras. Londres, Viena, Berlín, New-York, Roma, no cuentan con la mitad de nuestros carruajes de lujo.

¿Esto es opulencia? No; es sencillamente el refinamiento de la pobreza, es riqueza de lágrimas, de disgustos, de sinsabores, de sacrificios que se impone una clase que no cuenta con medios para sostenerse á esa altura; es fuente de suicidios, crímenes, rebajamiento, ruina de mil seres desgraciados.

¡Qué misterios encierra Madrid!







V

*Madrid, Mayo, 90*

Querido Pepe: Me pides que te cuente cosas de la Corte, que te diga si es verdad lo que de ella te han dicho, que te dé mi opinión sobre tu venida y que te ponga al corriente de todo, para no hacer cuando vengas el triste papel de *provinciano*. Vas á ser complacido, pero te advierto desde ahora, que no te extrañe nada de lo que leas y oigas y que mi parecer es que no salgas de ahí, por lo menos mientras conserves algo de aquéllo que Leopoldo Cano llama en-





fermedad de Marcial, en *La Pasionaria*. Aquí tiene que venir todo el mundo sano, muy sano; si no, los males se hacen crónicos en seguida.

Ahora lee y luego haz lo que quieras.

Para tí hay aquí dos clases de sociedades (pues prescindo de la baja, la cual por curiosidad podrás conocer, pero que de seguro no te atraerá); la *haute crème*, *high-life*, ó como quieras llamarla, compuesta de nobleza sin dinero y dinero sin nobleza; la clase media ó *burguesía* (ya que se aplica, aunque impropiamente, esta palabra por los socialistas), y el *demi-monde*: esta última clase se puede dividir en dos: el *demi-monde* femenino, que ya sabes lo que es, y el *demi-monde* masculino, en el que incluyo á los infinitos parásitos que aquí abundan y que no tienen más idea que vivir sobre el país por los medios que buenamente se les ocurren, sean los que sean.

Empezaré el análisis por el orden

inverso, pues esto me parece más lógico.

Del *demi-monde* masculino, puedes formarte idea (ya que en su mayoría está formado por hombres listos) por cualquiera de esos que llamamos en el pueblo *un tío mu astuto*, con buenas ó malas condiciones. En el primer caso, produce hombres para la patria, pues, aunque lo dudes, por ese escalafón han tenido forzosamente que pasar (sin que esto les desdore, pues la sociedad de Madrid no les da otro camino), eminencias políticas, literarias y artísticas que hoy nos honran y de las que hemos de esperar aún mucho. En el segundo caso, da los sablacistas, tahures, criminales, etc. Ya vés si será abigarrada su formación. No te conviene, pues no tienes que buscar lo primero y sé que eres incapaz de lo segundo.

El *demi-monde* femenino, aunque admito su existencia por no llevar la contraria á todo el mundo y disgustar

á los madrileños, que lo tienen como una honra, no creo que tiene vida verdadera, porque carece Madrid de condiciones para ello; el *gran lugar de la Mancha*, por mucho que haga, no puede ser un París, un Lóndres, un Viena ó un New-York, únicas poblaciones del mundo que pueden sostener esta clase.

Que sepamos que el duque de A., el conde de C., el banquero H., el gomoso L., y aún otras personas, tienen un lío; que Fulana es la querida de Mengano y él la sostiene ó ella le sostiene (de todo se vé), no basta para creer en la existencia de esta clase como tal. Esto ya sabes que en el pueblo lo llamábamos de otro modo y que se designa con una palabra muy castiza, pero que no me atrevo á estampar por temor de que esta se pierda y llegue á poder de alguien á quien haga ruborizar.

Aquí tampoco te puedes meter, pues ó haces el primo, ó pierdes la vergüenza.

Y vamos á la clase media.



Esta, que es en medio de todo, el elemento más sano de Madrid, está caracterizada por tres tipos: *cursi*, *promedio* y *pretencioso*.

Del tipo *cursi* nada te digo, pues le conoces tan bien como yo, y tú que lees todos los periódicos de la Corte y estás al tanto de nuestra literatura dramática contemporánea, le has visto inimitablemente pintado por las fáciles y saludísimas plumas de Taboada, Estremera, Palacio, Sinesio Delgado, Vital Aza, Pérez Zúñiga y tantos otros que en artículos y comedias te han descrito, como ellos únicamente saben y pueden hacerlo, todos los detalles y rasgos característicos de esta clase, que te serviría de diversión.

El tipo *promedio* también le conoces: es el general de la sociedad de provincias, que tan bien has estudiado; vive regularmente, es el único bien educado, es el que da todo, del que salen, para pasar á otra esfera, los que antes te he

citado y todos los que trabajan, el que hace marchar la sociedad. Tiene muy buenas condiciones, pero es un tipo sin más porvenir que seguir el camino trazado desde Adán, sin ensanchar nunca sus límites.

Ahora el *pretencioso*. ¡*Vade retro!* Este es insoportable en absoluto; niños góticos sin oficio ni beneficio, con más orgullo que D. Rodrigo en la horca, aspiraciones á igualar á la nobleza por buenos ó malos caminos, pues ó tienen dinero (en general se han elevado por esto), y entonces son tontos, pero inofensivos, ó no le tienen y para aparentarlo emplean los medios más absurdos y más indecorosos, chupan del presupuesto *nominalmente* (entiende que cobran la *nómina*, pero nada más) ó de una vieja verde, ó de las casas de juego, ó de cualquier lado. Visten bien, frecuentan los casinos, la alta sociedad, los teatros, etc., parecen algo y no son sino monigotes, cuyos hilos de

movimiento se ven en seguida, por muy distantes que se pongan y poca luz que haya.

Huye de este tipo para no confundirte con él, pues está muy desacreditado, aunque ellos creen lo contrario. Generalmente acaban en trueno, pues siempre están en posición falsa.

Lo más insoportable que tiene, son las mujeres; ya lo sabes.

La aristocracia, ¡oh, la aristocracia! Aunque hay dos tipos, están cortados por el mismo patrón y pueden estudiarse como uno solo.

Imitación de la corte y de la sociedad análoga de otras naciones (Inglaterra y Francia son las de moda); demostración de que apenas conocen el antipático y poco expresivo idioma castellano (ni los demás idiomas que destrozan lamentablemente); soberbio desprecio á todo lo que creen que está por debajo de ellos; frescura sin igual, vicios infinitos y miedo absoluto y pe-



renne, no sé á qué, pues nada tienen que perder; aquí tienes sus caracteres distintivos.

Para que te formes mejor idea, te haré una reseña de mis visitas á casa de los marqueses de H., á cuya casa tengo que ir á menudo, pues como sabes, mi padre es el representante del marqués (políticamente por supuesto), en esa circunscripción.

La visita consiste en lo siguiente: entrar, provocar la risa general con tus afectuosos saludos á los de la familia y tus bajadas de cabeza á los extraños; no conocer ni poder conocer á nadie de los contertulios, pues es de muy mal tono el hacer presentaciones, y mucho más dirigir la palabra á quien no estás presentado (*old england*); no poder, por tanto, tomar parte en las conversaciones, que son exclusivas de la clase, y en las que causaríá grave desafuero que se inmiscuyese un extraño; escuchar mil vaciedades, chis-

mes y cuentos, sobre los que te guardarías muy bien de dar tu opinión; tener que ruborizarte de las frases, un tanto subidas de color, que emplean los jóvenes y los viejos con las muchachas, y á las que ellas contestan con sin igual desparpajo; verte invitado á última hora á tomar el té reglamentario, lo cual te proporciona el placer de volver á servir de diversión al respetable público, si coges la finísima tacita de China con la mano derecha ó la izquierda, si te quemas, si dejas mucho ó poco; pues si eres el único extraño, todo el elemento joven está pendiente de tus menores movimientos; además, ves allí que la duquesa de M. ó la de Z. (no vayas á creer que estas visitas se pueden hacer todos los días, sino el día y hora en que los señores *restent chez soi*), ha ilevado para regalar á un revistero de salones y que se ocupe de ella en el próximo *five-o-clok-tea* ó en la *sauterie*, media docena de calcetines

de seda traídos de París (importe 30 pesos), (1) ó unas camisas de dormir; gozas del culto espectáculo de ver fumar en los salones á todos delante de las señoras (lo cual hasta hoy creías de buena fe que era perfectamente contrario á las costumbres inglesas), y ¿á qué cansarte más? te vas al fin como has entrado, si no has tenido el cinismo de decir media docena de vaciedades con suerte ó no has pasado el tiempo como yo estudiando tipos.

Otro día seguiré, querido Pepe, pues esta se va haciendo muy larga, y te hablaré de otras muchas cosas que encierra la corte de las Españas.

Entretanto, sabes que siempre te quiere tu verdadero amigo

FERNANDO. \*

---

(1) Histórico.